

# Mi gato Alberto

Eliana Saez Quezada



## Capítulo 1

Cuando llegó Alberto, Ana se sorprendió. Su amarillo pelaje le molestaba, el color y la suavidad de éste le recordaban a su amor.

El felino despreocupado recibía la atención de todos en la casa y aunque Ana no lo acarició, éste de inmediato la reconoció como su ama.

No se podría decir que Alberto era bilingüe pero el mismo día en que llegó a esa casa su nombre de inmediato asumió.

– Te llamarás Alberto – le dijo Ana al verlo – No sé, porque te encuentro parecido al chico que me dejó.

Alberto miró sorprendido al escuchar su nombre de una chica que con sus ojos le rogaba por amor, y no entendiendo el significado del rechazo, desde ese día la buscó y buscó.

La casa de Ana no era de las mejores, aun así, Alberto recorrió cada rincón. Cuando hubo visto cada maltrecho espacio de la casa, se decidió a dormir en la cama de Ana.

Alberto era un gato caprichoso y aun sabiéndose bienvenido en ese hogar, solo quiso aparecer cuando Ana reclamaba por el desaparecimiento del hombre que le enseñó el significado de un amor sincero. Alberto en este aspecto fue muy astuto, pues a sabiendas de que su dueña no gustaba de su raza felina, al verla triste sumida en sus recuerdos, aprovechaba de caer en sus brazos indefensos tras tanta pena, para ronronear y acariciar cada lágrima que ella derramaba.

Cuando hubo pasado varios días desde la llegada de Alberto, el rechazo de Ana hacia a los gatos desapareció, como también su pena.

Un día, cuando Ana retornaba del trabajo, entre las calles visualizó a su Alberto tan lejos de casa que no encontró una explicación. Ana desviándose de su recorrido se detuvo rápidamente, a su gato no lo quería perder.

Entre esas calles desconocidas, el gato de Ana cada cierto tiempo la esperaba asegurándose de que su dueña quedara tras él. A sabiendas éste la guió.

Ana con la angustia en su garganta apresuraba su paso, a este ser no lo quería perder, y solo se detuvo cuando sus pies la llevaron hasta el portón de una vivienda, donde, parada frente a la reja de aquella casa, dudaba si

le correspondía entrar en busca de su gato.

El lamento de los presentes en aquel hogar tenía una explicación, y Ana a pesar de creerse una intrusa, se armó de valor y avanzó a paso ligero en silencio. Su presencia a nadie molestó.

Ana, como una más entre aquellas personas, caminó y grande fue su sorpresa cuando descubrió a su gato Alberto posado en el cuerpo de su gran amor, quien sin vida, permanecía dentro de un ataúd.